

Nos creemos apartes

Robin Mohr

“We Think we are Separate,” *Friends Journal*, 1 octubre 2016

Traducción de raicescuaqueras.org (S Furry & B Sánchez-Eppler)

En septiembre del 2001 estaba en medio de mi segundo embarazo, con alto riesgo, mucha ansiedad y muchas restricciones: inmovilidad en cama, el rollo completo. Durante meses había dejado poco a poco mi participación en todo lo que no entraba en el círculo de las cosas muy mías. Cuando esos aviones atacaron las torres gemelas y el Pentágono, el mundo se volvió loco. En medio de mi duro embarazo, me retraje aun más. Durante esos meses no podía con todos mis propios problemas físicos y emocionales, ni con la locura del mundo.

Pero algo siempre se coló por entre mis defensas. Lo que más me sorprendió fue ver que había tanta gente sorprendida. Me extrañaba que tanta gente pensara que tal cosa no podía pasar aquí. Bueno, había habido carros con bombas en Londres y gas sarín en Tokio, pero aun así muchas personas se sorprendieron que esto había pasado en Nueva York: no sólo sentían el ultraje sobre la pérdida de vida, con todo lo trágico que era — sino que también estaban traumatizados de que pudo pasar aquí, como si nosotros en los Estados Unidos fuéramos en alguna forma inmune a este tipo de violencia. ¿Te acuerdas de eso? Nos creíamos apartes.

El año pasado fui a Irlanda del Norte para una reunión de un comité cuáquero con Amigos de todas partes del mundo. Durante el almuerzo conversaba con dos Amigos irlandeses. Uno de los irlandeses había llevado al Amigo de Ruanda al aeropuerto. Este le había dicho, “Gracias por tu

amabilidad. ¿Y cuando vienes a mi país?” y el Amigo irlandés respondió “¡Dios mío! Yo no podría visitar tu país. Es muy peligroso. Ustedes allá se están matando a machetazos.” El otro Amigos irlandés dijo, “Sí, yo tampoco podría ir.” Yo les miraba a los dos atónita. Pero no pude controlarme, y se me salió, “Ustedes son de Irlanda del Norte, uno de los países más violentos del mundo. ¿Cómo pueden juzgar a Ruanda?” Ahora les tocó a ellos mirarme sin comprender. “Bueno, sí,” dijeron, “pero la cosa aquí era diferente. Eso sólo pasaba en ciertos lugares, no en todas partes, y si evitabas entrar en esas áreas, no había problema.” En ese momento, me di cuenta que tenía que callarme porque nada que pudiera decir iba a ayudarnos. No podía creer lo que estaba oyendo. Pero es verdad: nosotros pensamos que no somos así. Nos creemos apartes.

Yo sé que cada año cientos de personas son asesinadas en las calles de Filadelfia, pero aun yo misma pienso, “Oh, esto sólo pasa en esos barrios, y a esa gente” — hasta que nos toca a uno de nosotros. En Filadelfia vivo en un barrio en transición. Mi manzana es mezclada racial y económicamente. Si caminas cinco cuadras en una dirección, es bastante refinado, pero cinco cuadras en la otra dirección, es bastante pobre. Donde yo vivo, me siento segura. A una distancia de cinco cuadras, hay muertos a balazos, pero sin embargo me siento apartada.

Esto le pasa a gente que pensaba que nunca podría pasarnos a nosotros. Pienso en los refugiados sirios que están huyendo a Europa porque creen que allí estarán más seguros. Pero con las bombas explotando en Paris y Bruselas ya no es tan aparte.

No importa cuánto quisiéramos imaginar que esas gentes, esos extranjeros, esa gente sufrida, “aquellos” no son de los nuestros; sabemos en nuestro corazón, nuestra mente y en las historias que nos contamos, que todos somos un solo pueblo ante Dios.

Todo es una sola historia

En la Biblia, muchas de las historias relatan cómo los israelitas se sienten como un pueblo especial y aparte. Sin embargo, Dios les dice que tienen que cuidar de los extranjeros que viven entre ellos, que tienen que responsabilizarse por ellos. Los extranjeros son gente nuestra; somos ellos. Cuando Dios da el mandamiento sobre el sábado en Éxodo, Dios dice muy claro que no es sólo para ti. El sábado incluye a todos tus descendientes, tus hijos e hijas, tus criadas y criados, y a todos los extranjeros que están entre ustedes; a todos se les da este día de descanso. Ustedes no están apartados.

En los evangelios, Jesús dice que su madre y sus hermanos y hermanas no son sus únicos parientes consanguíneos, sino todo aquel que hace la voluntad de Dios. Jesús, Hijo del Hombre, no se ve a sí mismo, como apartado de la gente, y constantemente nos está enseñando que todos estamos conectados.

Los cuáqueros han llamado a esta conexión el orden evangélico. Lloyd Lee Wilson de la Junta Anual de Carolina del Norte (Conservadora) escribe, “El orden evangélico es ... la debida relación de cada parte de la creación, no importa cuán pequeña sea, con todas las demás partes y con el Creador ... un principio de organización a través del cual los Amigos llegan a un claro entendimiento de nuestra relación con Dios en todas las expresiones divinas, y de las responsabilidades de esta relación.”

Hace muchos años, mi amigo Carl Magruder de la Junta Anual del Pacífico me enseñó que no es posible deshacernos de nada. Señaló que cuando nos deshacemos de algo, en realidad lo desechado no va muy lejos. Todo se queda por aquí en este planeta. Todo lo que tú y yo hemos botado sigue aquí todavía. En California hay un centro cuáquero de retiros que depende de una fosa séptica. En cada baño hay un pequeño letrero con una lista de lo que no se puede echar en el inodoro. Advierte que cualquier cosa que echas en el inodoro nunca sale de la propiedad. Todo se queda ahí mismo. No es posible deshacernos de nada.

Este recordatorio material, pienso yo, también nos ayuda en las relaciones con otras personas. No podemos deshacernos de la gente, y cuando pensamos que los hemos dejado atrás, en realidad no hemos ido muy lejos. Seguimos aquí en este mismo planeta, todos aún afectados por las decisiones de los demás, y por las relaciones entre toda esa gente, desde el nacer de la conciencia humana.

Melinda Wenner Bradley, miembro de la Junta Anual de Filadelfia y de la Cooperativa de Educación Religiosa Cuáquera, contó la siguiente historia en la sesión plenaria del Comité Mundial de Consulta de los Amigos (CMCA) en enero pasado en Perú: “Un domingo por la mañana, después que yo había contado una historia en la escuela dominical, los niños se asentaron en sus propias actividades de respuesta a la historia. El más pequeño de mis hijos me dijo, ‘yo no voy a hacer nada’; pero después de sentarse calladito y a solas por un rato, me susurró al oído: “Todo es una sola historia.’ No estaba segura de lo que quería decir, y le pedí que dijera más. Señaló hacia los materiales alrededor del salón que usamos para contar las historias de la Biblia y las historias cuáqueras y explicó, ‘Es una sola historia. Ponemos partes de la

historia en cajas y canastas diferentes, pero todo es una sola historia.' Esa mañana, 'no hacer nada' fue sin duda 'hacer algo.' ” Todos somos partes de la misma historia.

¿Qué estoy activamente ignorando?

Cuando pensamos acerca de todas las cosas con las que no queremos que se nos relacione, trátase de una enfermedad, o de la guerra, o del abuso de menores, nos pensamos apartes. Nos da miedo que se nos conecte a cosas tan terribles. Construimos muros en nuestras mentes y corazones para auto-convencernos de que no es cosa nuestra; de que no es nuestro el problema; seguimos apartados hasta el día en que ya no podemos engañarnos, hasta que descubrimos se trata precisamente de nosotros mismos, que ellos somos nosotros.

¿No se han dado cuenta de que la gente que se dedica a recaudar fondos para la lucha contra el cáncer son los que ya sienten alguna conexión? Esas personas han conocido a alguien en su familia o a alguien cercano en su comunidad que lo padece, y se sienten conectados. El resto de nosotros que no nos sentimos tan involucrados emotivamente con el tema podemos sentirnos apartados. Pensamos, “eso no me está pasando a mí, y por lo tanto no puedo ni pensar en eso.”

Hace algunos años Gabbreell James, una Amiga afroamericana de mi junta, más o menos de mi edad, estaba conversando conmigo sobre el racismo entre los cuáqueros y en nuestra sociedad. Me dijo, “Si no estás haciendo algo activamente sobre el racismo, es porque estás activamente ignorándolo. Es un problema tan evidente y patente que no hay ninguna otra explicación para justificar por qué no estás haciendo algo.”

Si no estás haciendo algo activamente sobre el racismo, es porque estás ignorándolo activamente. ¿Por qué la gente blanca activamente ignora el racismo? Es porque nos sentimos como apartados, porque tenemos miedo, porque podemos hacerlo. Hasta el momento en que ya no podemos.

Me ha sido muy importante reconocer las cosas que estoy activamente ignorando. ¡Estoy ignorando activamente tantas cosas! Me ayuda reconocer cuanto tiempo y energía requiere ignorar los 99 problemas con los que no estamos involucrados en este momento. No podemos lidiar con todos los problemas que sabemos existen. Nos enteramos de delitos y enfermedades y accidentes trágicos que le están sucediendo a personas que nunca hemos conocido en lugares donde nunca hemos estado. Tenemos que inventar una manera de movernos entre esconder la cabeza en la arena con desespero porque no podemos rescatar a todos, y morir en cada batalla que enfrentamos.

Al mismo tiempo que la honestidad e integridad cuáquera nos requiere que reconozcamos lo mucho que estamos ignorando, nuestra comunidad cuáquera nos conecta con gente que en este momento sí están enfrentando y no ignorando esas mismas cosas. Tenemos que saberlo, y además saber que no podemos hacerlo todo. Para mí el silencio del culto cuáquero me ayuda a ordenar mis preocupaciones y a discernir lo que Dios me llama a hacer, individual y corporativamente. Conocer Amigos en la comunidad cuáquera más amplia me hace recordar que yo no tengo que hacerlo todo.

¿Y qué vamos a hacer?

Aprender a hablar con diferentes tipos de gente es un reto primordial para el Comité Mundial de Consulta de los Amigos. El CMCA es una asociación de juntas anuales cuáqueras de todas las ramas de los Amigos en todo el mundo.

Mi trabajo es servir a todos los Amigos desde Alaska hasta Bolivia. Nuestro trabajo principal es ayudar a los Amigos a reconocerse unos a otros como miembros de un mismo cuerpo y aprender los unos de los otros, para así poder cumplir con la Luz que hemos recibido. Como líder de la organización tengo que sopesar nuestras acciones. ¿Están los Amigos activamente ignorando el racismo, o estamos enfrentándonos a ese reto? Si no puedo señalar lo que el CMCA realmente está haciendo, si no lo estamos haciendo adrede, entonces tengo que admitir que estamos activamente ignorándolo. Pegadas a la pared frente a mi escritorio tengo estas preguntas: ¿Estamos lidiando con el racismo dentro de nosotros mismos y en nuestras estructuras? ¿Qué podemos hacer de forma diferente para cumplir con la Luz que hemos recibido? ¿Cómo puedo ayudar a los Amigos a que se enfrenten al reto y a que hagan algo mejor? Sí creo que estamos progresando; pero el camino es largo.

En los eventos que organiza el CMCA, con frecuencia reconocemos que necesitamos traducción entre el inglés y el español, pero hay que ir más lejos. En el curso de la vida aprendemos muchos idiomas. En algunos aspectos de nuestra vida puede que haga falta hablar diferentes idiomas. Hay lenguajes especializados para la moda, los deportes, la medicina, la escuela, la gente joven o para aquellos que fueron jóvenes en los años sesenta. ¿Has pensado algo así antes? ¿En la vida cotidiana con cuánta frecuencia conoces personas que hablan diferentes lenguajes por tener diferentes creencias o diferencias culturales, sociales o económicas? Muchos de nosotros cruzamos estas fronteras entre gente y gente a diario. Pero para otros, esta experiencia raramente se da, y es un gran reto.

Para llegar a conocer a la gente que pensamos que no son como nosotros, todos tenemos que aprender a ser bilingües. No quiero decir que todos

tenemos que aprender el español, aunque eso sería muy bueno. Hace pocos años escuché una breve charla del Secretario General de la Junta Unida de Amigos, Colin Saxton. Cuando dijo que todos debíamos ser bilingües, se refería a la necesidad de poder hablar con nuestra propia gente y con otros; con los de adentro y con los de afuera.

Dio el ejemplo de Jefté en el libro de Jueces, quien tuvo que negociar primero con los ancianos de Gilead y después con el rey de los Amonitas. Tenía que saber cómo hablar con los embajadores en las murallas de la ciudad y con los hombres en el campamento de su ejército. En el mundo hispano Colin quizás diría que nos hace falta poder hablar tanto en el lenguaje de Bellas Artes como en el de Lucha Libre.

Esto es una herramienta más y más importante para los cuáqueros en nuestras juntas e iglesias, nuestros centros de trabajo, y nuestras familias. Hay que poder hablar con activistas por la paz y con familias militares, con cristianos evangélicos y con budistas, con los gay y con los heterosexuales, con negros y blancos, con generaciones más jóvenes y más viejas que la nuestra. Hay un famoso manual para padres y madres de familia, titulado *Cómo hablar para que los niños escuchen, y cómo escuchar para que los niños hablen*. Creo que la práctica eficaz de los hacedores de paz requiere esta capacidad. La educación eficaz lo requiere, como también lo requiere la evangelización.

Tenemos que practicar la comunicación trans-cultural — todas las cosas que los lingüistas y los sociólogos han aprendido acerca de las barreras entre culturas, en teología, raza, clase, género, lengua — en nuestras juntas e iglesias, vecindarios, y centros de trabajo. ¿Estamos aprendiendo a escuchar mejor y a comunicarnos con eficacia? ¿Enseñamos todo esto en nuestras

escuelas dominicales y los talleres de nuestras juntas anuales? ¿Y cuando se ofrecen esos recursos, asistimos al taller?

Este mensaje no es nuevo. La frase “Cumple con la Luz que tienes y más te será dado” no es nueva. La Sociedad Religiosa de Amigos y el mundo entero necesitan que cumplamos con la Luz que hemos recibido. Hay que escuchar en la adoración con Dios y en la comunidad con otra gente. Hay que practicar cómo conectarnos con personas que no se parecen a nosotros, incluso con otros cuáqueros.

Y recordemos: todos somos una sola historia.
